

## La niña perdida

Nancy Noguera

**BIOGRAPHICAL NOTE:** Nancy Noguera es venezolana, reside en Nueva York. Obtuvo su doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Nueva York (NYU) y trabaja en Drew University (Madison, NJ) como profesora asociada en el Departamento de Español. Ha publicado ensayos de crítica literaria, cuentos y poesía en diversas revistas y antologías.

*Nadie escoge su olvido.  
¿Para qué si la ausencia  
recuerda lo que fue y el raudito nido  
prosigue sin cesar en la apetencia?  
Ida Gramcko*

En el auto, mamá dijo que Rosa estaría encantada de cuidar y educar a *Pirata* por un tiempo, hasta que se acostumbrara a vivir entre las personas sin hacer desastres. Mis hermanos y yo protestamos, pero mi padre argumentó que luego el perrito regresaría con nosotros y no tendría que dormir afuera. Intuí que aquella era una decisión inapelable y no dije nada más, pero dentro de mí sabía que mi padre se había rendido, traicionándonos, y la opinión de mi madre había prevalecido, como siempre. Era injusto. En ese momento los odié, deseando que desaparecieran. Nos quedamos observando con desánimo la oscuridad del paisaje, que pasaba veloz por nuestras ventanillas.

El domingo siguiente fuimos por la tarde a “El Silbón”, el parador de los Alves, para dejarles a *Pirata*. Había varios autobuses de pasajeros en el parqueadero y Tiago estaba ocupado con los clientes. Rosa nos llevó hasta la casa, situada a pocos metros, en la parte posterior del local comercial. Nos preparó un jugo de frutas y se sentó con mi madre a la mesa y allí la vi echarse a llorar. Las dos se abrazaron. Yo entré en el cuarto de la pareja buscando a Lola y a Pepe, los chihuahuas mudos que dormían en una cesta y entonces noté el arma sobre el escritorio de madera. Era un rifle. Estaba fuera de su funda. Me asusté muchísimo y fui a la cocina a buscar a mi madre. Esta percibió mi desasosiego y me dijo que saliera a pasear a *Pirata* no muy lejos, pues en pocos minutos tendríamos que irnos. Rosa se limpió las lágrimas y me dijo que tenía algo para mí. Me dio una pequeña bolsa que contenía una cajita de terciopelo azul oscuro. Era mi regalo de cumpleaños. Ábrelo, me dijo, pero decidí no hacerlo hasta volver a casa y la guardé en el bolsillo derecho de mi pantalón. Bajé las escaleras, salí de la casa y le solté la correa a *Pirata* para que corriera a sus anchas. Mis hermanos se divertían haciendo ladrar a los perros que corrían por el patio situado bajo la

terrace de la casa. Eran unos animales detestables, pero Rosa decía que eran sus guardianes. Me distraje un momento y el cachorro corrió hacia el bosque. Lo perseguí, pero cuando logré subir la cuesta, que llevaba al camino cubierto de hojas secas de eucalipto, no pude encontrarlo. Continué ascendiendo, adentrándome en el sendero mientras daba voces. ¡Pirata, Pirata!

No sé cuánto tiempo anduve camino arriba, me sentía fatigada. Tenía la correa de *Pirata* en mis manos y de vez en cuando les daba un latigazo a los árboles para subirme el ánimo. Los troncos grises eran muy elevados y su follaje me impedía ver el cielo. El aroma de eucalipto era agradable, pero el viento entre las ramas producía extraños aullidos. En el bosque la temperatura era más baja y los brazos se me erizaban con la brisa. Seguro que podría llegar al descampado un poco más arriba, donde pastaban unas vacas que había divisado desde la terraza de la casa. Allí estaría *Pirata* muerto del susto, pues él nunca había visto animales tan grandes. Habría alguna casa allá arriba donde descansar antes de emprender el regreso. En ese momento escuché unas voces. Traté de esconderme. Vi pasar a dos hombres vestidos de color oliva. El corazón amenazaba con salirse de mi pecho. Tendría que esperar a que se fueran. Yo tenía escuela al día siguiente y debía acostarme temprano. Recordé que no había terminado una de mis tareas. Me agaché detrás de unos troncos caídos, súbitamente dos manos fuertes me agarraron por detrás y me cubrieron la cabeza con una mochila de fique. Intenté gritar, pero la voz se me quedó agazapada en la garganta y las piernas dejaron de sostenerme.

Mi abuela nos había contado que al otro lado de la frontera había gente que secuestraba niños, les cortaban la lengua, los brazos, o les sacaban los ojos y los ponían a pedir limosnas. También nos había dicho que, en las cuevas de las montañas que rodeaban la ciudad, vivían seres misteriosos que aparecían de noche, trepaban por las paredes de las casas, entraban por la ventana y se llevaban a los niños que no estaban bautizados para hacer rituales y sacrificios. Después los devolvían a su cama, pero sin alma.

Cuando desperté estaba tirada en el suelo, acostada de lado sobre el piso de tierra, con las manos amarradas a la espalda y los pies atados. Al principio mis ojos no lograban distinguir nada en la oscuridad, pero poco a poco se fueron acostumbrando. Pensé que

era un sueño. Oía a tierra húmeda y se oía un ruido de goteo y de agua corriendo, como un riachuelo. Caí en cuenta que estaba en una cueva. El techo era alto y de él colgaban algunas estalactitas, idénticas a las de la enciclopedia de quinto grado. Sin duda estaba en manos de uno de esos personajes de la noche que se apoderaría de mi espíritu. Pero yo había sido bautizada y estudiaba en un colegio de monjas, tenía buenas notas, cantaba en el coro de la capilla, hacía ayuno los viernes, ponía una piedra en mi zapato para mortificarme y oraba cada noche al ángel de la guarda. Entonces, un sollozo profundo me estremeció y mi cuerpo comenzó a temblar descontroladamente. Iba a morir en el bosque en algún ritual espantoso, a menos que Tiago Alves y mi padre vinieran a rescatarme, y empecé a orar atropelladamente para que así fuera. Busqué acomodo para mi cuerpo y noté que una figura silenciosa se aproximaba, me levantó la cabeza y me puso un envase en los labios. Me ardía la garganta y agradecí el agua que me daba. Luego me dejó sola y pasó un rato hasta que vino una mujer portando una linterna cuya luz me ennegueció, cuando ya me había acostumbrado a la penumbra.

—Compañera, ¿cómo te llamas?

—Estoy bautizada, soy católica —gemí.

—Dime tu nombre.

—Amanda.

—Amanda, ¿y cuántos años tienes, hija?

—Diez.

—Amanda y ¿en qué trabaja tu papá?

—Es profesor de matemáticas.

—¿Y tu mamá?

—Es enfermera en un hospital.

—¿Y dónde vives?

—En San Cristóbal.

—Hum, está bien. No te preocupes. Estás en las manos del Ejército de Liberación de la Patria. Soy la comandante Rosario, de ahora en adelante yo soy tu jefa y tu Dios. ¿Me oyes, cagarruta?

—Sí, está bien...

—Está bien, comandante.

—Está bien, comandante —repetí asustada. Al menos aquella voz parecía la de una persona real y no la de un fantasma.

Dio órdenes que me desataran, me llevaran a comer y que me dieran ropa limpia. Había otros niños en el lugar y pude verlos de lejos, sentados alrededor de una hoguera. Sus sombras alargadas los hacía parecer enormes, extraños, pero sus voces eran infantiles. Me trajeron comida, un poco de arroz y frijoles rojos envueltos en una hoja de plátano. Después, un muchacho que llevaba un fusil al hombro me llevó más adentro en la cueva, me entregó un uniforme dos tallas más grandes que yo y unas botas de goma y me dijo que me acostara sobre una frazada hedionda y húmeda, y allí me quedé dormida. Me desperté en la penumbra, con la comandante Rosario a mi lado tocándome el cabello:

—Tienes el pelo suavcito y oloroso a bueno. El mío huele a humo y es como cabuya —se rio, tirándome su cabellera sobre la cara.

No supe qué responder y me quedé paralizada.

—Cuéntame un cuento, uno que hayas aprendido en la escuela —me dijo, enredando los dedos en mis cabellos y metiendo su nariz en mi cuello. Traté de pensar en un cuento, pero no me acordaba de ninguno, de pronto todas las historias que sabía se confundían en mi mente.

—¡Dale pues, hija!

Con voz temblorosa comencé a contar: "Había una vez un rey, cuya esposa tuvo una hija que era hermosa como el sol..."

La comandante me interrumpió dando un manotazo en el aire.

—¡No, no! cuéntame uno sin reyes, ni princesas, ni esas pendejadas.

Me quedé pensando, quizás el de Pinocho, pero no, finalmente comencé de nuevo:

"Érase una vez una niña que vivía en un bosque. Su abuela, le había hecho un abrigo muy bonito de color rojo, con una capucha y por eso la llamaban Caperucita Roja. Un día, su mamá le pidió que le llevara la comida a la abuelita al otro lado de la foresta, pero le advirtió que tuviera mucho cuidado con el lobo feroz que acechaba por aquellos lados".

La comandante me dijo al oído:

—Qué bonito que cuentas, sigue, sigue.

Al poco rato, cuando aún no había terminado la historia, la oír roncar levemente.

Al amanecer me despertaron sacudiéndome, a toda prisa me puse el uniforme, le doblé las mangas a la camisa y metí la tela sobrante de los pantalones en las botas de goma. De mi ropa sucia cayó la cajita azul que mi madrina Rosa Alves me diera como regalo de cumpleaños. La coloqué rápidamente en mi nuevo pantalón y salí sin tiempo de ver el contenido. Después de la mañana de trabajo y entrenamiento, el chico con un fusil al hombro me buscó y me llevó a comer. Se llamaba Julián. Esa tarde, descubrí que la cajita tenía una cadena de oro de la que colgaba una medalla con la imagen de la Virgen cargando al niño Jesús y mis iniciales atrás. Volví a esconderla entre mis pantalones. Los primeros días Julián me llevó de un lugar a otro y me enseñó cómo funcionaban las cosas y cuáles eran las rutinas. Yo entrenaba con los otros niños y hacía las tareas que me ordenaban. Si me atrasaba o me ponía remolona me castigaban y entonces lloraba en silencio, apretando la cajita azul mientras en mi cabeza iba ideando estrategias para escapar de aquel lugar. Al final del día siempre estaba agotada y caía rendida en mi camastro. Julián escuchaba mis quejas y me decía que terminaría acostumbrándome. Yo comencé a contarle historias de hadas y duendes y él me relataba cuentos de aparecidos, ahorcados y brujas que me llenaban de miedo.

La comandante Rosario dirigía la radio. Desde la mañana hablaba y recibía mensajes. Me nombró su ayudante pues yo sabía leer, escribir y contar historias. Ella llamaba a la cueva el campamento y a sus compañeros los milicianos. Los primeros días, mi trabajo consistió en buscarle cosas en dos mochilas grandes de cuero y clasificar algunos papeles y recortes de periódicos.

Luego me pidió que le leyera algunos escritos en voz alta. Si me equivocaba, o no entendía lo que me decía, me llamaba "pendeja" y se ponía de mal humor. Para todos yo me convertí en la "pelada de Rosario", así pasé a vivir como un animal doméstico pegado el día entero de mi ama. Rosario tenía privilegios que otras mujeres no tenían. Cuando los milicianos salían, ella se quedaba trabajando con la radio en una cueva que recibía luz por un hueco en el techo, del que podía verse el cielo muy en lo alto. Hablaba a veces a grandes voces y maldecía, y otras reía y cantaba por el micrófono, o se ponía seria y persuasiva. Al principio me inspiraba temor pues su ánimo fluctuaba constantemente. Pero poco a poco me di cuenta de que servirle de falderillo era mi mejor protección. Me agradaba cuando me pedía que le contara algún cuento a su audiencia.

La persona más temida era, quizás, la comandante Ricardo. Era mayor que las otras mujeres que yo había visto en el campamento. Alta, corpulenta, malhumorada y dueña de una voz chillona. Le gustaba hacer sentir su poder. Una mañana me vio deambulando y me llamó para amenazarme. Le molestaba que Rosario me mantuviera ocupada y que yo no asistiera a los entrenamientos. Llegué al lado de Rosario con cara de susto. Esta me aconsejó que no saliera sola. Debía estar siempre a su lado.

—La Ricardo es la ayudante del lobo —me dijo— y te está vigilando. Si te descuidas te lleva pa' que te coman, cagaruta—añadió, poniendo su mano en mi entrepierna.

Los días iban pasando lentos, aburridos, rutinarios, siempre en aquellas cuevas, de las que tenía prohibido salir, y así fui perdiendo la noción del tiempo.

Una madrugada me desperté y pensé mortificada que había mojado la cama mientras dormía. Metí la mano en mis pantalones y olfateé el líquido que me humedecía las piernas. No olía a orín, más bien a hierro. Me asusté mucho y comencé a sollozar. Rosario se despertó y encendió la linterna. Me miró, rebuscó entre sus cosas y me tiró unos retazos de tela cosidos a mano en una bolsa del mismo material.

—Ponte esto entre las piernas y cámbiate. Ya eres una mujer. No se lo digas a nadie. ¿A nadie, oíste?

Me desconcertó saber que era una mujer. Me quedé pensando qué significaba y por qué tenía que mantenerlo en secreto.

Deseo estar con mi mamá. A menudo pensaba en mi familia, en mis hermanos, en mi padre, en mi abuela. Me extrañaba que nadie viniera a buscarme. Cómo podían haberme olvidado tan rápidamente. Qué sería de mis amigas, de la hermana Ángeles, de mis compañeras del coro, de Pilar, de mis muñecas y de Pirata. Algunas noches me despertaba gritando y Rosario se molestaba. Me decía que ya no olía rico, queapestaba como ella a sudor y humo.

Descubrí que había una cascada en los laberintos de la cueva, más allá de donde iba con las mujeres a lavar ropa. El agua templada me refrescaba el cuerpo y el espíritu. Las otras niñas, que al principio me miraban con curiosidad ahora se burlaban de mí. Ellas trabajaban todo el día desde el amanecer, cuando debían formarse, cantar himnos y luego marchar y entrenarse para la lucha. Cada día

buscaban leña, cocinaban, lavaban, servían comida y naturalmente les parecía que yo no hacía nada. Julián era mi único amigo, pero hablaba poco. Era él quien me había dado agua el primer día. Me seguía como una sombra por instrucciones de Rosario. Tenía el rostro cetrino, con varias cicatrices, lo que le daban una apariencia un tanto feroz, pero en realidad era pacífico, astuto, observador y hasta divertido. Con Julián aprendí a disparar el fusil. Se reía de mis torpezas de novata, de mi irregular puntería y de las caídas que me daba cuando el arma reculaba al dispararla.

—Tiene que echar kilitos, pelada, pa' que aguante lo que le viene.

Usualmente en el campamento dormíamos temprano y nos levantábamos al amanecer, salvo las patrullas de vigilancia y los que salían en misiones especiales. En ocasiones, los hombres y las mujeres se sentaban alrededor de una fogata cerca del río y entonces fluían las risas, el aguardiente de caña y los vallenatos. En una de esas noches, vi a Rosario sentada en las piedras al lado del comandante Centollo, un "monito", como le decían, por sus cabellos amarillos de llevar sol. El hombre le acariciaba la espalda, subiendo y bajando la mano, y ella trataba de disuadirlo dándole ocasionales manotazos en los muslos, entre juguetona y malhumorada. Él bebía de la botella de licor y luego se la pasaba a ella. Desde lejos, yo los observaba con curiosidad, mientras sentía que iba creciendo en mí un sentimiento desconocido y perturbador. Rosario me vio sentada sola y me llamó. Atravesé los pocos metros que nos separaban, pensando que me invitaría a sentarme con ellos.

—Tráenos algo de comer —me ordenó en un tono imperioso, chasqueando los dedos. Aquel tono y su gesto me hirieron.

El hombre que llevaba lentes ahumados se los quitó para mirarme de arriba a abajo. El corazón me dio un vuelco. A la luz de la hoguera sus ojos tenían un brillo siniestro.

Me alejé corriendo, atravesé el pasadizo que llevaba adonde estaban preparando la carne y los pollos ensartados en unas varas sobre la brasa. Me dieron dos envoltorios de hojas con comida. Ya regresaba a la fiesta cuando tuve la impresión de que alguien me observaba. Me detuve y traté de escudriñar la oscuridad. Estaba inquieta y molesta, tal vez eso me hacía ver cosas donde no las había. Pero de pronto, vi moverse un bulto pegado a la pared de la cueva, lo que me hizo dar un grito.

—¿Julián, Julián? Dije en un hilo de voz.

De las sombras salió un hombre joven, delgado, con un fusil al hombro que me dijo sonriendo:

—Lleva la comida y vuelve. Te quiero mostrar algo.

Encontré a Julián y le pedí que le entregara la comida a Rosario y su amigo. Di varias vueltas debatiéndome si debía ir al encuentro del hombre o si me quedaba entre las piedras, observando a las parejas bailar y amarse allá abajo, cerca del agua. De pronto sentí que alguien me tomaba de la mano y decidí seguirle sin ofrecer resistencia. Bajamos hasta el lecho del río y caminamos algunos metros. El hombre me dijo que me subiera a sus espaldas para cruzar al otro lado, luego descendimos por unos promontorios irregulares,

entramos en un pasadizo húmedo que él iluminó con su linterna, hasta que llegamos a una playa rodeada de altas rocas que brillaban iluminadas por la luna. Ahora, bajo aquella luz lograba verlo mejor. Era, en realidad, un muchacho flaco, de brazos delgados y piernas arqueadas. Llevaba el cabello liso hacia atrás. Tenía una sonrisa bonita que le achinaba los ojos. No me sorprendí mucho cuando lo vi desvestirse. Todo parecía posible y mágico en aquel lugar. Luego me ayudó a quitarme las botas y el uniforme. Mis pies despedían un intenso aroma avinagrado que me avergonzó. Pero él se acuclilló y me indicó que me subiera a su espalda. Me llevó a horcajadas, mi piel húmeda rozando la suya, mientras ascendíamos por piedras afiladas hasta que el paisaje se abrió repentinamente a la noche y entonces vi, no muy lejos, un río que caía en forma de cascada y se precipitaba hacia el abismo. Me agarré más fuerte de su cuello, su piel tibia y el olor de su cabello en mi rostro me producían un cosquilleo en todo el cuerpo que me agradaba. Me descargó con cuidado y me dio instrucciones de cómo avanzar. Él daba un paso primero y yo lo seguía. Nos acercamos poco a poco a la cascada, caminando pegados a la pared de roca, poniendo los pies con cuidado, uno detrás del otro, en la resbalosa superficie cubierta de musgo, hasta situarnos detrás de la caída de agua, en un pasadizo de un metro y medio de ancho. Alguien había amarrado un hilo de alambre grueso de un lado a otro del estrecho pasillo. Frente a nosotros estaba la cortina de agua y más allá el precipicio; a nuestras espaldas la roca era nuestra única protección. El ruido era ensordecedor y nos impedía escucharnos. Jugamos con el agua que nos salpicaba con fuerza de agujas hiriendo la piel y nuestros ojos. Yo reía tratando de dominar mi miedo a resbalar y caer. Casi no lograba ver. Nos abrazamos y él se inclinó y me besó. Nunca me habían besado en la boca. En mi mente surgió la imagen de Adán y Eva desnudos en el Edén y me sentí feliz y buena, sin ninguna culpa, como recién creada, hecha de barro, agua, viento, luna y fuego.

Casi amanecía cuando regresé a dormir en mi lugar, con miedo de encontrar a Rosario. Por suerte ella no estaba en su camastro. La mañana llegó demasiado rápido, sin que yo hubiera logrado conciliar el sueño. Una y otra vez las imágenes y las sensaciones de aquella noche pasaban por mi cabeza.

Nos encontramos varias veces más en los días siguientes. Siempre así, por sorpresa. El aparecía de la nada y me arrastraba a un lugar escondido donde me revelaba secretos de mi cuerpo, enseñándome juegos, palabras y posibilidades que yo desconocía hasta entonces. Por fin, aprendí que su nombre de lucha era el subcomandante "Pájaro". Pero yo lo llamaba Adán. Le conté las historias del Génesis que él nunca había escuchado. Tampoco había estado jamás en una iglesia, o en una escuela. La guerrilla lo había encontrado en un pueblo fronterizo que había sido atacado por los paramilitares. Era el único sobreviviente de la masacre. Entonces tenía solo seis años. Cuando contaba esto su rostro y su risa se apagaban. Me prometió revelarme su verdadero nombre más adelante, algún día. Me llamaba "Tiernita" o "Tierna", lo cual me conmovía.

Yo había aprendido que satisfacer el hambre, el sueño y la sed, eran las necesidades más elementales de todos los seres humanos, las cuales nos obligaban a luchar por la sobrevivencia. Pero ahora sabía que no era así. Había otras necesidades igualmente perentorias, que dolían tanto como el estómago vacío, el cansancio, o la garganta reseca, quizás más. Mi cuerpo estaba poseído por la fiebre, por la necesidad de buscar el cuerpo del otro, de encontrar su mirada, o de contemplarlo, aunque fuera de lejos. Me consumía la sed de escucharlo, de beber de su aliento. Lo peor era no poder confiarle mi desasosiego a nadie. No podía preguntar si alguien lo había visto, si sabían de él. Los días pasaban angustiantes. Comencé a sentirme enferma. Despertaba por las mañanas con la cabeza atontada y el estómago revuelto. Sentía náuseas al acercarme a los fogones cuando iba a buscar la comida de Rosario. Los olores se me hacían ofensivos. Tenía ganas de llorar todo el tiempo y Rosario decía que me había vuelto perezosa y malgeniada, que ya no me toleraba más, que me mandaría de vuelta al pelotón, con las otras milicianas, para que me llenara de piojos, que me había puesto horrenda.

—Tan bonita que eras cuando llegaste, mírate ahora.

Era cierto que mi cuerpo estaba cambiando. Los senos, hasta hace unos días apenas dos promontorios pequeños que no necesitaban nada que los sostuviera, estaban hinchados y me dolían al caminar. En el rostro y el pecho tenía irritaciones, había perdido peso y los labios se me habían puesto pálidos, según decía Julián. Una tarde, Rosario me pidió que la acompañara. Bajamos al río y pasamos al otro lado saltando por los brincaderos de piedra. Llegamos a un recodo y entramos en una pequeña cueva escasamente amoblada con un gabinete blanco con una cruz roja colocado sobre un mueble improvisado con tabloncillos de madera, dos camillas herrumbrosas y una silla. Rosario me dijo que me tendiera sobre una de las camillas forrada de hule verde. Una mujer morena, con el cabello envuelto en gran un pañuelo, me ayudó a quitarme el pantalón, me hizo algunas preguntas y procedió a hacerme un tacto con sus dedos desnudos, que me hicieron daño. Luego se volvió a Rosario y le dijo:

—Positivo, mi reina. Unas diez a doce semanas y no tenemos las pildoritas milagrosas.

—Procede, compañera. ¡Ay, cagarruta metiste las patas!

Las dos hablaban y yo las escuchaba como al otro lado del mundo.

La mujer se puso unos lentes gruesos, trajo una varilla de alambre, me dijo que mordiera un trapo blanco y colocó su cara entre mis piernas abiertas. Recuerdo el olor a alcohol, el dolor agudo, el grito que salió de mi pecho y las manos de Rosario sosteniéndome la cabeza. Después, se sucedieron tres días de dolor y sangramiento en mi camastro, y luego, la lenta vuelta a la normalidad, interrumpida a veces por episodios de dolor en el vientre. Y luego la nada. Comencé a experimentar una gran desolación. No tenía ganas de comer, ni de contar historias, ni de hablar con Julián y menos aún con Rosario. Pensé que aquellas cuevas me estaban robando el alma.

Seguía intentando ver a Pájaro. Era lo único que me daba ánimo, la posibilidad de un encuentro con él, de volver a estar arropada por su olor.

Una tarde lo vi justo antes de la hora de comer. Él conversaba con dos milicianas jóvenes y ellas se reían. Me quedé observándolos por un rato, en la oscuridad, sin que me vieran. Me gustaba tanto su risa. Me gustaba ese cuerpo largo y flaco, de piernas y brazos fibrosos, su rostro que ni siquiera era atractivo a la luz del día. Finalmente tuve valor para acercarme y lo llamé con voz destemplada. Él se volvió, miró a su alrededor, y como si no me viera siguió hablando con las mujeres. Volví a llamarlo, esta vez con un grito: ¡Pájaro! Entonces caminó los pocos pasos que nos separaban.

—¿Qué tal, tú? —dijo secamente.

—Hola, ¿dónde has estado?

—Aquí, en la lucha —Y desvió la mirada con un gesto displicente.

—¡Ah! —dije decepcionada. Agaché la cabeza y me eché a llorar.

—¿Qué pasa tierna? Oye, cálmate. ¿Te acuerdas lo que te dije? Aquí no hay propiedad privada. Aprende eso. Aquí todo es de todos.

Retrocedí unos pasos avergonzada y me alejé corriendo. Esa noche no cené. Lloré mucho los días siguientes. Julián, me veía sufrir sin decir nada, pero parecía preocupado. Me consiguió algunas frutas frescas y me regaló un espejito. Lentamente, fui recuperando las ganas de vivir, pero había algo dentro de mí que ya no era igual. Mi imagen en el espejo también me lo confirmaba. Rosario me observaba en silencio. En aquella aldea pequeña los cuentos corrían veloces.

Una noche, en la penumbra, cuando ya estábamos acostadas y yo terminaba de contarle una historia inventada por mí, ella me dijo casualmente:

—¿Supiste lo de hoy?

—No.

—Mataron al tal Pájaro ese. Salió en una misión el fin de semana y lo encontraron muerto esta mañana en el río.

—Oh, ¿qué le pasó? —dije tratando de esconder mi sobresalto.

—Parece que lo cazaron los del ejército venezolano. Le vaciaron la barriga.

—¡Ah, pobre! —atiné a decir. Me imaginé a Pájaro hundiéndose en las aguas, las piedras en el hueco del vientre arrastrándolo al fondo, los ojos abiertos viendo el cielo por última vez, y lloré en silencio.

—Nunca me gustó ese diablo. ¡Duérmete!

Al día siguiente Julián me contó la historia de Pájaro con más detalles. Le dije que estaba rezando por él.

—No sea boba, no rece más, el que a yerro mata a yerro muere —dijo, alejándose enojado.

Rosario me dijo una tarde, al terminar el trabajo de la radio, que se iría la mañana siguiente por varios días, pero que Julián se quedaría conmigo. Me invadió un gran desasosiego y no logré conciliar el sueño. Sin ella, me sentía desprotegida. Yo no sabía por qué me prefería, pero, aunque a veces me maltrataba, yo le agradecía su protección.

Uno de esos días me desperté a la mañana sintiendo sobre mí la mirada de la comandante Ricardo.

—Párate, floja. Vamos, vamos, a buscar comida, burguesita — me dijo, retirándose la frazada con su bota de combate.

No me atreví a protestar. Salí buscando a Julián con la mirada, pero no lo vi.

Éramos una pequeña brigada de niños y jóvenes, ocho más o menos, con instrucciones de conseguir comida en algunas de las casas y las fincas de los alrededores. No podíamos volver con los costales vacíos. Estar de nuevo al aire libre me puso muy tan contenta que no caí en cuenta de los riesgos de nuestra misión. Todo parecía tan verde, tan claro, tan hermoso. En la primera casa que entramos, unos ancianos nos dieron miel y unas velas. No tenían nada más. Íbamos sin armas, entrábamos y pedíamos comida, si nos negaban la ayuda, nos echábamos encima de la gente y, mientras unos recibían y daban golpes, los otros robábamos lo que podíamos. Caminamos por varios campos sembrados y bajamos algunas frutas de los árboles. Corríamos de un lado a otro intoxicados con tanta libertad. Yo ni siquiera pensé en escaparme aquel día. Entramos sin tocar en una casucha que nos pareció abandonada, pero había un hombre agazapado que salió de súbito, blandiendo un machete en sus manos. Salimos espantados, pero el hombre dio unas zancadas y logró agarrar a una de las niñas por el cabello y comenzó a arrastrarla hacia la casa, mientras maldecía con el arma en alto. Yo gritaba pidiendo auxilio: la chica se retorció e intentaba librarse. Mis compañeros comenzaron a lanzarle piedras al agresor. Esto lo enfureció aún más y bajó el machete con fuerza hacia el cuerpo de la niña tendida en el piso. Yo intenté desviar el segundo machetazo asestándole un golpe con un palo por la espalda. El hombre se volvió hacia mí y su arma me pasó rozando por la espalda, desgarrándome la camisa y llevándose un tajo de mi piel. La herida me ardía. Corrí hacia el bosque y me tiré en el suelo. Estaba sangrando. El hombre entonces terminó de rematar a la niña inerte en el piso. Sentí un dolor desgarrador y de mi garganta comenzaron a salir rugidos de animal herido. Los niños rodearon al hombre. Él trataba de defenderse de las piedras y los palos que le llovían de todas partes levantando el machete en el aire. Busqué instintivamente la cajita azul entre mis pantalones y no pude hallarla. Sentí que me aguardaba una muerte horrible. Ya nada me importaba. Levanté una piedra pesada y avancé tambaleante hacia donde estaba el hombre. Los muchachos lo habían acorralado contra un árbol, se resguardaba el rostro con los brazos, intentando esquivar los golpes que todos le propinaban. Su arma estaba en el piso. El hombre se agachó y yo levanté la piedra y la lancé con fuerza sobre su cabeza. Lo vi caer de lado con el cráneo roto. Los niños comenzaron a gritar enardecidos mientras lo pateaban. Todo daba vueltas a mi alrededor.

Desperté en la cueva. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Llevaba varios días con fiebre. Rosario me ponía compresas en la herida. Su voz iba y venía como un eco. Yo estaba tendida de bruces en un camastro improvisado con troncos y hojas de eucalipto. No podía moverme y apenas lograba levantar la cabeza.

—Aguanta, que ya viene ayuda. No te muevas, quédate así.

Luego escuché una voz masculina. El hombre me puso una inyección en la nalga y me dijo que pronto estaría mejor. Se sentó a fumar un cigarrillo a mi lado y, entre la maraña de mi pelo, pude ver su cara. Yo conocía a aquel hombre, quizás era parte de mi delirio, pero estaba casi segura. Rosario salió por unos momentos y nos quedamos a solas.

—Eres la niña perdida, ¿no?

—¿Sí, y tú?

—Soy Pastor, el enfermero. Trabajo en el hospital con tu mamá.

Aquellas palabras, la cercanía de alguien que conocía a mi familia, a mi madre, que me identificaba, me estremecieron y comencé a sollozar sin poderme controlar. El hombre me dejó llorar.

—¿Por qué no han venido a buscarme? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Llevan como año y medio o dos buscándote. ¿Quién se podía imaginar que estabas aquí? Piensan que te escapaste. Varias personas dijeron que te habían visto subir a un autobús. Hasta te han visto del otro lado, en Cúcuta. Allá encontraron a tu perro. Te buscan en Colombia y por toda Venezuela. Piensan que te fuiste huyendo con el cachorro. Tu mamá dijo algo de eso en la televisión.

—¿Tú eres un miliciano?

—No, les traigo medicinas para que dejen en paz a mi familia. Tenemos una finca por acá.

En ese momento regresó Rosario. El enfermero se incorporó y la comandante se tendió en el otro camastro. Se abrió el pantalón y subió los brazos. El hombre se sentó a su lado y metió la mano bajo su chaqueta verde, palpándole el vientre, primero de un lado y luego del otro. Luego, subiéndole la chaqueta le puso el estetoscopio. Ella se dejaba hacer mirando fijamente al techo.

—Ajá, saltarín, aquí estás. Todo bien, todo bien, un corazón como un torito.

—Es una niña.

—Hum, no lo creo, es muy grande.

—¡Ay! ¿qué dices? Es una niña grande. Tus vitaminas me han hecho bien.

—Sigue tomándolas. Creo que en unas tres o cuatro semanas ya estás lista. ¿Qué has pensado hacer?

—Ya veremos. No le digas al Centollo que en cuatro semanas. Dile que en seis.

Pastor se marchó y Rosario continuó administrándome el tratamiento. Saber su secreto me daba una cierta sensación de poder sobre ella.

—Quiero que te la lleves de aquí. Que mi pelada aprenda a leer y escribir. Que aprenda todos los cuentos esos que tu echas y que tenga champú, muñecas y libros.

—¿Por qué no te vas tú con ella?

—¿Y de qué vamos a vivir? Yo no sé hacer nada allá afuera. Esta es mi vida. Estoy en esto desde los nueve años. Trece años de guerrillera.

—Algo aprenderás. Puedes trabajar con los Alves. Mi madrina Rosa te ayudará, estoy segura. Ellos son gente buena.

—No, no es tan fácil. Llévase a tu madrina, que ella la crie, como no tiene hijos.

—Está bien, no te preocupes.

Sellamos nuestro pacto con un apretón de manos. En la oscuridad, me entrego la cajita azul.

En cuanto pude levantarme me dediqué a cuidarla. Le masajéaba la espalda y las piernas hinchadas. Le peinaba el cabello grueso y liso como crines de caballo. A veces me decía que temía morir. Sus otros embarazos habían sido interrumpidos. Tenía miedo, pues nunca había parido. Dormíamos una al lado de la otra y yo le contaba cuentos, mientras le acariciaba el vientre pequeño y firme. Me había acostumbrado al olor acre de sus axilas pobladas, a su aliento de barro, a su sudor de leña.

Cinco semanas más tarde, Julián y yo llegamos a la casa de los Alves con el pequeño bulto en los brazos. Nadie nos había visto salir del campamento aquella noche. Al menos eso pensábamos.

Rosa estaba sola en la casa, su marido seguía en el restaurante recargando las neveras para las ventas del día siguiente. Toqué levemente a la puerta tres veces y le dije que era yo y ella me abrió algo desconfiada. Al principio no me reconoció, pero le mostré la medalla que colgaba de mi pecho y le seguí hablando atropelladamente, llamándola madrina, explicándole que le traía aquella criatura para que ella la criara. Rosa parecía no entender. Julián se había escurrido en la oscuridad y Rosa me palpaba la cara y el cuerpo preguntándome qué había pasado, si estaba bien.

—Toma, toma al niño, es tuyo.

—Amandita, Amanda, ¡ay, Dios!

Finalmente, ambas logramos calmarnos. Ella tomó en brazos al niño, que dormía, y lo acostó en una hamaca en la habitación de huéspedes al fondo. Yo fui al baño del cuarto de la pareja a lavarme un poco, antes de comenzar a contarle toda la historia. Oí el cerrojo de la puerta. Ahora Tiago Alves podría escuchar mi relato también. Pero se escuchaban distintas voces, era obvio que Alves no llegaba solo. Apagué la luz y entreabrí la puerta del baño. Entonces vi al comandante Centollo de espaldas y a la comandante Ricardo de perfil, ambos parados en mitad de la sala.

—La criatura, ¿dónde está?

—¡Aquí no hay ninguna criatura! —gritó Tiago Alves furioso, mientras la Ricardo lo apuntaba con su pistola.

—Señora, ¿dónde está el niño? Es mi hijo —le dijo el hombre a Rosa, acercándose a la puerta que daba a la terraza, buscando si alguien se escondía allí, mirando tras el sofá.

Rosa permanecía muda. Alves, con los brazos en alto, estaba desconcertado. Los perros abajo ladraban enloquecidos.

Tanteando en la oscuridad, me acerqué al escritorio de madera. Allí estaba el rifle cargado. Lo desenfundé y abrí cuidadosamente la puerta corrediza de la habitación que daba a la terraza. Escondida tras las plantas apunté a la Ricardo. La mujer cayó al suelo. El comandante se volvió sorprendido, levantó su pistola y comenzó a disparar hacia afuera, el ventanal de la terraza cayó hecho pedazos. Los perros abajo ladraban más fuerte. Tiago y

Rosa se tendieron en el piso. Volví a la habitación y cerré la puerta. Desde mi escondite vi cómo el comandante levantaba a Rosa por el cabello. Usándola como escudo salió a la terraza y disparó varias veces, mientras vociferaba amenazas. En la oscuridad, los animales aullaban furiosos. En ese momento, Julián, con su ropa de miliciano y fusil en mano, entró por la puerta de la casa que había quedado entreabierta y caminó rápidamente hasta la terraza. Le disparó al comandante, quien cayó sobre la baranda, precipitándose al patio donde los perros terribles lo aguardaban. Tiago Alves, que aún no lograba entender lo que sucedía, desenfundó la pistola que siempre llevaba al cinto, y le disparó a Julián, quien venía entrando de nuevo a la casa. El muchacho cayó de espaldas. Cuando reaccioné ya era muy tarde. Mi amigo agonizó en el piso por un largo rato, mientras yo sostenía su cabeza en mi regazo y le decía cuánto lo quería. Rosa estaba bien y corrió al lado de Tiago. Ambos me miraban con expresión de horror.

En los días siguientes, la noticia que dominó los noticieros y los encabezados de los periódicos fue la aparición de la niña perdida. La prensa construyó historias bizarras sobre el incidente de esa noche

en el parador "El Silbón". El dueño del local había acabado con tres jefes de la guerrilla colombiana, que hacía tiempo extorsionaban a los comerciantes y a los campesinos de la zona. Los sediciosos habían usado a la niña secuestrada para ganar acceso a la casa. La carnicería de los perros con el cuerpo del guerrillero que había tenido la mala suerte de caer al foso estaba descrita muy gráficamente. Nadie mencionó al bebé. Rosa y Tiago vendieron el local y la casa y en pocos días desaparecieron al otro lado de la frontera. Solo yo sabía su secreto y la comandante Rosario, claro, pero esta se había esfumado con su grupo. Mis padres tomaron la decisión de emigrar y salimos prontamente del país.

A veces, desde la ventana de mi estudio contemplo el bosque de abetos frente a mi casa, en este país frío y lejano donde transcurre mi vida adulta, y rememoro los acontecimientos de aquella noche, de aquellos días tan remotos, y vuelvo a sentir vívidamente, a respirar, el perfume de humo y eucalipto y la tibia exhalación de un aliento de tierra mojada muy cerca de mi rostro. Una parte de mí reside aun allí, enredada en aquel laberinto de cuevas y árboles.